

I

SOBRE EL CONSENTIMIENTO

En algún momento de principios de la década de 2010, el actor porno James Deen hizo una película con una fan a la que llamó Chica X. Lo hacía de vez en cuando: las fans le escribían porque querían tener relaciones sexuales con él, o él mismo ponía un anuncio para «rodar una escena con James Deen», y los vídeos se subían a su página web. En una entrevista de abril de 2017,¹ pocos meses antes de que las conversaciones sobre agresión y acoso por parte de Harvey Weinstein y otros copasen los medios —y solo dos años antes de que el propio Deen fuese objeto de varias acusaciones (pero no denuncias) de agresión—, declaraba:

Organizo un concurso, «Haz una escena con James Deen», para que las mujeres puedan enviar una solicitud y, luego, después de hablarlo mucho y de meses diciéndoles: «Mira, se va a enterar todo el mundo, va a repercutir en tu futuro», y de, básicamente, intentar disuadirlas, rodamos una escena.

En realidad, en el vídeo de la Chica X hay muy poco sexo. Consiste sobre todo en una larga charla, insinuante y tensa, que da vueltas repetidamente a si van a hacerlo o no: tener re-

laciones sexuales, grabarlo y subirlo. La Chica X duda; alterna entre el coqueteo y la retractación; está dispuesta, luego titubea; se lanza, luego se corta. Está indecisa, pensativa, confundida. Expresa sus dudas en voz alta y Deen trata de seguirle la corriente.

Se supone que ella quiere «hacer una escena con James Deen», pero da la sensación de que pierde parte de su arrojo cuando él le abre la puerta. Entra en el apartamento vestida con unos *leggings* de vinilo y una blusa de seda color crema con detalles negros abotonada hasta arriba —nuestra mirada se ubica tras la cámara, con Deen, que la filma—, se mueve inquieta, se ríe con una risa aguda y nerviosa y dice: «Ay, Señor; ay, Señor». Vemos algunos detalles del lugar —es genérico, anónimo: superficies brillantes, mucha madera clara—, y luego algunas imágenes de él cuando deja la cámara: vaqueros gastados, zapatillas de deporte blancas y voluminosas. De vez en cuando acerca la cámara a la cara de la chica y ella se aparta. Él la provoca —«Eres universitaria, una chica lista y eso»— mientras van y vienen por la cocina, con su reluciente isleta central, por el pasillo, con sus molduras blanco brillante y paredes rojo oscuro. Él le pregunta cómo quiere que la llame; ella no responde. «Bueno —dice él—, te voy a llamar Chica X hasta que decidas cómo te llamas.»

Ella está algo asustada, nerviosa —«No me atrevo ni a mirarte»—, se aleja, se acerca. Se sienta a una mesa cromada brillante, en una banqueta blanca. Discuten un contrato; se corta la filmación, no se nos permite conocer los detalles. Se reanuda la grabación y ella le hace una foto. Está a punto de firmar, pero entonces se detiene y dice: «¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Qué hostias estoy haciendo con mi vida?». Puede echarse atrás cuando quiera, le dice él; pueden romper el contrato. Más cortes en la grabación; la vemos firmar. «Ya se nos ocurrirá

luego un nombre artístico —dice él—, a menos que quieras ser simplemente la Chica X.» «No sé —contesta ella arrastrando las palabras con reticencia—, no tengo ni idea, nunca he hecho algo así.»

El nerviosismo de la Chica X tiene el efecto de halagar a Deen: es una muestra de su fascinación por conocer a la enorme e inverosímil estrella, pero también tiene el efecto de prevenir las repercusiones que ella pueda estar temiéndose, de desmontar lo que Deen y otros podrían tomar por exhibicionismo, como si, quizá, estuviera metiéndose en un lío ella solita. Se está mentalizando para la exposición pública.

La Chica X está haciendo algo dirigido a la mirada ávida de otros, algo que imagina que excitará y satisfará a un espectador, incluido, quizá, el que ella misma lleva dentro, ese que quiere verla haciéndolo con Deen. Pero cuando pregunta «¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Qué hostias estoy haciendo con mi vida?», la intuyo imaginando también la mirada de otro tipo de espectador, uno más severo, crítico. Probablemente, la Chica X tiene muy interiorizados a ambos espectadores —el que la alienta y el que la reprende—, como los tienen muchas mujeres: el espectador que nos han enseñado a satisfacer y el espectador cuya desaprobación y represalias tememos provocar. La Chica X está evaluando a los espectadores que hay dentro de su cabeza y el poder del propio espectáculo.

Es ella la que busca el placer de forma impulsiva, pero también está alienada, amedrentada e inhibida. Oscila entre la desvergüenza y la extrema consciencia del desequilibrio de poder entre ella y Deen. Ella se juega mucho, y por eso le cuesta horrores tomar la decisión de atender a sus propios deseos. Esta disociación intermitente y estos cambios de marcha

y registro, provienen precisamente del poder de los conceptos punitivos sobre la sexualidad y la personalidad de las mujeres. La Chica X se debate con preguntas que puede que se hagan muchas mujeres —que, desde luego, yo misma me he hecho— la primera vez que se acuestan con un hombre o cuando manifiestan su deseo: ¿Me estaré poniendo en peligro? ¿He renunciado a la intimidad y a la dignidad al revelar mi deseo? ¿Me acosarán y obsesionarán mis propios actos? ¿Seré capaz de resistirme a los deseos indeseados de los demás? ¿He excluido mi capacidad para negarme al haber accedido?

Cuando la Chica X expresa su indecisión —«Quiero hacerlo contigo, pero no sé si quiero que lo vea todo el mundo»—, él se muestra comprensivo: «No quieres que digan que eres una guarra». Ella continúa: «En plan —dice, adoptando un tono de voz masculino—: “Te he visto follándotelo a él, ¿por qué no follas conmigo?”.» No es una idea del todo paranoica. Uno de los acusados en el «juicio de la violación del rugby» de 2018 en Irlanda del Norte,² entró en la habitación donde otros dos hombres habían mantenido relaciones sexuales con una mujer, y cuando ella se negó a hacerlo con él, presuntamente este replicó: «Te has follado a los otros, ¿por qué no quieres follar conmigo?». El (supuesto) deseo de una mujer —aunque solo sea por una vez, por un hombre—, la hace vulnerable. Su deseo la despoja del derecho a la protección y la justicia. Una vez que se considera que una mujer ha accedido a algo, ya no puede negarse a nada.

En la grabación hay muchos momentos de risas, diversión y placer; verla puede resultar hasta cautivador. Hay humor, jugueteos y coqueteo. La Chica X y Deen parecen gustarse de verdad; hay química. Y ella le pincha; ya no está fascinada, es sarcástica, mordaz. Pero también hay incomodidad y actos inoportunos: la indecisión de ella, la incertidumbre de él sobre si presionarla o contenerse.

Finalmente, superan las trabas. Dan el paso, mantienen relaciones sexuales. Por momentos arman ruido, pero también hay ratos de silencio y pausas; a veces ella suspira; ríen; charlan. Hasta donde puede colegirse desde fuera —y no se puede—, la cosa parece que va bien, se divierten, disfrutan. Se sientan en silencio durante un rato, sonrientes, y luego deciden salir al balcón a fumar. «¿Quieres que apague la cámara?», pregunta Deen. «Sí», contesta ella. «Vale.» Ella empieza a vestirse. «Fuera cámara», dice él. «Fuera cámara», dice ella. Deen se dirige hacia la cámara, hacia nosotros, los espectadores. «Ahora, fuera cámara», dice.

Probablemente, nunca sabremos qué sucedió después; qué sucedió en los intervalos entre los segmentos grabados; qué se dejó fuera del montaje, qué conversaciones no escuchamos, qué actos sexuales no vimos. Probablemente, nunca sabremos qué pensó la Chica X de las acusaciones contra Deen, o si aquel día sucedieron cosas que la hicieron sentir incómoda, que le causaron tristeza o rabia. No conozco la historia de la Chica X, pero en la cinta identifiqué la experiencia dolorosa —y familiar— de sentirse empujada en distintas direcciones, de tener que sopesar deseo y riesgo, de tener que atender a demasiadas cosas para la consecución del placer. Las mujeres saben que su deseo sexual puede desposeerlas de protección y esgrimirse como prueba de que la violencia no ha sido en realidad violencia (ella quería). La Chica X nos muestra, por tanto, que no es solo la expresión del deseo, sino también su propia existencia la que se permite o inhibe en función de las condiciones en que este se produce. ¿Cómo vamos a saber lo que queremos si saber lo que queremos es algo que se nos exige y también un motivo de castigo? No cabe duda de que

la Chica X tiene sentimientos encontrados, la duda la paraliza. James Deen no comprende nada del poso de tristeza que tiene el sexo para la Chica X, no le hace falta. La Chica X, sin embargo, ha sido educada con exigencias imposibles de cumplir. Experimenta el doble compromiso en que viven las mujeres: negarse puede ser difícil, pero también lo es acceder.

En 2017, las acusaciones contra Harvey Weinstein colmaron el vaso. Posteriormente, el hashtag #MeToo —un lema creado por Tamara Burke en 2006 para llamar la atención sobre la violencia sexual hacia las jóvenes de color— se extendió en las redes sociales, invitando a las mujeres a contar sus propias experiencias de agresión sexual. En los meses subsiguientes se produjo una amplia cobertura por parte de los medios de comunicación, en gran medida sobre los abusos de poder en el entorno laboral. Y, en medio de este clima, el hecho de confesar públicamente las experiencias personales se consideró algo positivo, obvio y necesario.

Me alegró la repercusión mediática, y también me dio miedo, hasta el punto de tener en ocasiones que dar un salto para apagar la radio y su incesante desfile de historias sórdidas. En el momento álgido del #MeToo, a veces parecía como si las mujeres estuviéramos obligadas a contar nuestras historias. La acumulación de relatos en la red —en Facebook, en Twitter—, así como en persona, dio lugar a una especie de presión, de expectativa. ¿Cuándo vas a contar la tuya? Era difícil no percibir el ansia colectiva por esas historias, un ansia formulada en términos de preocupación e indignación, un ansia que encajaba como un guante en la creencia de que sincerarse es un valor fundamental y axiomático del feminismo.³ El #MeToo ponía de relieve el relato de las mujeres, pero también corría

el riesgo de convertirse en una obligación, una demostración indispensable de las propias facultades feministas de autosuperación, la propia determinación para rechazar la vergüenza, la propia capacidad para recusar la humillación. También satisfizo un hambre lasciva por los relatos sobre abuso y humillación de mujeres... aunque de manera selectiva.

¿Cuándo pedimos a las mujeres que hablen y por qué? ¿A quién beneficia lo que dicen? ¿A quién se pide que hable primero y a qué voces concretas se atiende? Aunque todas las acusaciones de violencia sexual formuladas por mujeres suelen enfrentarse a una fuerte oposición, los relatos de las blancas acomodadas gozaron de cierto privilegio durante el #MeToo en detrimento de los de, por ejemplo, las jóvenes negras cuyas familias llevaban décadas reclamando que se hiciera justicia con el músico y abusador sexual R. Kelly. Existen estudios que demuestran que las declaraciones de delitos de violencia sexual hechas por mujeres negras tienen menos probabilidades de ser creídas que las realizadas por sus equivalentes blancas⁴ (ya que a las chicas negras se las considera más adultas y sexualmente experimentadas), y que las penas por violación son más severas cuando la víctima es blanca que cuando es negra.⁵ No todas las voces son iguales.

En todo caso, a las mujeres no solo se las anima a hablar sobre el pasado, sino también sobre el futuro, como medida de protección: hablar con claridad es un ingrediente necesario para prevenir males futuros, no únicamente para abordar los pasados. En los últimos años han aflorado dos requisitos para el sexo satisfactorio: consentimiento y autoconocimiento. En el terreno sexual, donde el concepto de consentimiento es el rey supremo, las mujeres deben tomar la palabra... y deben tomar la palabra con respecto a lo que quieren. También deben, por tanto, saber qué es lo que quieren.

En lo que llamaré «cultura del consentimiento» —la extendida retórica que afirma que el consentimiento es *la* clave para transformar los males de nuestra cultura sexual—, la verbalización explícita de la mujer sobre su deseo se exige tanto como se idealiza, se reclama impertinente como seña de progresismo político. «Tienes que saber lo que quieres y conocer lo que tu pareja quiere», apremiaba un artículo del *New York Times* en julio de 2018,⁶ asegurando que «el sexo satisfactorio se produce cuando dos objetivos coinciden.» «Habla con tu pareja»,⁷ exhortaba en septiembre de ese mismo año un educador sexual en el programa «The New Age of Consent», en Radio 4 de la BBC, refiriéndose a hablar directa y sinceramente sobre sexo: en primer lugar, si quieres practicarlo, y, de ser así, qué es exactamente lo que quieres. Habla *antes* de llegar al dormitorio, nos decían; habla en el bar, habla en el taxi de camino a casa: cualquier momento incómodo habrá merecido después la pena. «Es imprescindible —escribió Gigi Engle en *Teen Vogue*— que exista un consentimiento entusiasta por ambas partes para disfrutar de la experiencia»,⁸ una postura ampliamente consensuada que el académico Joseph J. Fischel ha pulido en el concepto de que «el consentimiento entusiasta, del que podemos inferir deseo, no solo es el punto de partida para el placer sexual, sino que prácticamente lo garantiza». ⁹ Aquí, la voz de la mujer carga con un gran peso: el de garantizar el placer, el de mejorar las relaciones sexuales y solventar la violencia. El consentimiento, como dice Fischel en *Screw Consent*, aporta «magia moral al sexo».

Esta retórica no es del todo novedosa; la lucha feminista se ha centrado mucho en el consentimiento, especialmente desde los años noventa, y al hacerlo ha suscitado una gran controversia (en breve volveré sobre ello). En 2008, Rachel Kramer Bussel escribió que «como mujeres, es nuestro deber

con nosotras mismas y con nuestras parejas ser más explícitas a la hora de pedir lo que queremos en la cama, así como de compartir lo que no queremos. Ninguno de los miembros de la pareja puede permitirse ser pasivo y esperar sin más a ver hasta dónde llega la otra persona». ¹⁰ Que debemos decir lo que queremos y, por supuesto, saber lo que queremos, se ha convertido en una perogrullada con la que es difícil disentir si se toma una en serio la autonomía y el placer de la mujer en el sexo. Y este requisito para con las mujeres, que conozcan y hablen claramente sobre su deseo, se ve como algo intrínsecamente liberador, ya que enfatiza la capacidad femenina para –y su derecho a– el placer sexual.

Durante mucho tiempo, las corrientes progresistas han otorgado a la sexualidad y al placer el papel de sustitutos de la emancipación y la liberación. Fue precisamente esto lo que criticó en 1976 el filósofo Michel Foucault en *La voluntad de saber*, cuando escribió que «el sexo satisfactorio lo dejamos para mañana». ¹¹ Parafraseaba, sarcásticamente, la postura de quienes promovían la liberación sexual desde la contracultura de los años sesenta y setenta: los marxistas, los revolucionarios, los freudianos; todos aquellos que pensaban que, para liberarse de las moralizantes garras del pasado, de la represiva tradición victoriana, debíamos por fin ser sinceros sobre la sexualidad. Foucault, por el contrario, era escéptico sobre el modo en que «nos empeñamos en olvidarnos del presente y apelamos al futuro», y argumentaba que los envarados victorianos eran en realidad muy locuaces en lo tocante al sexo, aunque dicha locuacidad se manifestase en forma de patologías, anormalidades y aberraciones. No solo puso en tela de juicio el concepto clásico de que los victorianos eran pacatos, reprimidos y comprometidos con el voto de silencio, sino que también se opuso a la certeza indiscutida de que hablar sobre

sexo equivale a liberación y que el silencio equivale a represión. «No debemos pensar –escribió– que por decir sí al sexo uno dice no al poder.»

El sexo ha sido, y sigue siendo, prohibido y regulado de mil maneras, y la sexualidad de la mujer en particular ha sido fuertemente restringida y controlada, pero merece la pena profundizar en la idea de Foucault. Estamos, de nuevo, en un momento en que parece que será mañana –un mañana que ya se atisba en el horizonte, tan cercano que podemos tocarlo– cuando el sexo volverá a ser satisfactorio; un momento en que nos olvidamos del presente y apelamos al futuro, pertrechados como estamos con las herramientas necesarias para enmendar la represión de antaño: las herramientas del consentimiento y, como veremos, de la investigación sexual. Pero el mero hecho de hablar y la sinceridad no son emancipadores, al igual que ni hablar ni el silencio son liberadores u opresores *per se*. Es más, la represión puede operar a través de los mecanismos del habla, a través de lo que Foucault llamó «la incitación a los discursos». El consentimiento, y su equiparación con la claridad absoluta, carga el peso de la interacción sexual satisfactoria en el comportamiento de la mujer, en lo que ella quiere, en lo que pueda saber y decir sobre sus deseos, en su capacidad para ejercer un yo sexual seguro de sí mismo garante de que el sexo sea mutuamente placentero y no coercitivo. Pobre de aquella que no se conozca a sí misma y no exprese ese conocimiento. Esto, como veremos, es peligroso.

En una entrevista, una víctima de la campaña de intimidación sexual de Weinstein dijo que había sentido miedo de «provo-car a la bestia». ¹² Miedo, cuando se enfrentó a sus exigencias, de hacer algo que encendiera su ira, violencia o deseo de